

hizo una glosa comparativa entre la "Historia del Congreso Constituyente" y la "Crónica Parlamentaria", ambas de don Francisco Zarco.

El Prof. Daniel Cosío Villegas, en su trabajo "Vida Real y Vida Historiada de la Constitución del 57", ataca a los tergiversadores de la Reforma y analiza el libro de don Emilio Rabasa "La Constitución y la Dictadura".

En "La Situación Política de México a mediados del siglo XIX", el Lic. José E. Iturriaga hace una certera interpretación de las motivaciones políticas del período histórico comprendido entre el 20 de abril de 1853 y el 11 de agosto de 1855.

El aspecto económico de la Reforma fue abordado por los Lics. Eduardo Bustamante, Eduardo Suárez, Diego López Rosado y Jesús Silva Herzog.

El Lic. Silva Herzog en sus tres conferencias sobre "La Tenencia de la Tierra y el Liberalismo Mexicano", hizo una importante historia de las Ideas que sobre la propiedad de la tierra tuvieron: Hidalgo, Morelos, Lorenzo de Zavala, Tadeo Ortiz, José Ma. Luis Mora, Mariano Otero, Valentín Gama, Ponciano Arriaga, Ignacio Vallarta, José Ma. Velasco e Isidro Olvera

Sólo a partir de la Reforma fue posible elaborar planes para el desarrollo de nuestro país, dice el Lic. Diego López Rosado en su trabajo sobre "La Agricultura, La Industria, Los Transportes y El Comercio en el siglo XIX", y termina afirmando que no existía una política económica congruente ni estructurada antes de que el grupo liberal la delineara.

El Lic. Eduardo Bustamante habló de las medidas que el Congreso de 1856 adoptó para organizar las finanzas públicas de México a mediados del siglo XIX, y cómo, desde aquella época, fue

importante la intervención del Estado para un país en vías de desarrollo.

"La Moneda y el Crédito en México" fue el título de las conferencias del Lic. Eduardo Suárez. En ella hizo la historia de las casas de moneda y del crédito.

El volumen que reseñamos, trae también los interesantes discursos que en la ceremonia inaugural de las conferencias, pronunciaron don Hilario Medina, don Alfonso Caso y don Ricardo Torres Gaytán.

CARLOS BORGES CEVALLOS

ALBERT SCHWEITZER, *Paz o Guerra Atómica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, 71 pp.

CUANDO un hombre del talento de Albert Schweitzer se ha dado al esfuerzo, en un momento de reposo —Schweitzer descansa de curar el *mal del sueño* de los negros, curando el "mal del sueño" de los blancos—, de advertir a la humanidad de los peligros que entrañaría una nueva guerra mundial, los hombres conscientes de cualquier lugar del mundo tenemos el deber de detenernos, escuchar y meditar hondamente —olvidando las pequeñas diferencias que nos separan—, en sus prudentes llamados. Porque el humanista de idea y acción; el que sabe que la mejor y más propia manera de ser, es *siendo* para los demás; quien deja a Bach para dialogar —para sufrir deberíamos decir— con los hombres, tiene siempre el derecho a ser escuchado.

Schweitzer ha escrito, a raíz de haber recibido el premio Nobel de la Paz, tres exhortos o llamados que han sido publicados con el título de *Paz o guerra atómica*. Estos llamados fueron difundidos en Oslo a finales del mes de abril del presente año.

En el primer llamado "Renuncia a las explosiones de prueba", se hace una breve referencia a la fracasada historia de las negociaciones que se han llevado a cabo con el objeto de terminar con los experimentos de nuestros modernos aprendices de brujo. Que la suspensión de dichas pruebas sería de provecho a la humanidad, parece ser condición fundamental para que ésta pueda seguir dándose dignamente tal nombre y, sin embargo, se nos quiere hacer creer que, en realidad, los efectos de las explosiones atómicas no son tan graves: "con la oscura frase de que 'los efectos del incremento paulatino de radioactividad en el aire y en la masa terrestre se mantienen dentro de los límites de la tolerancia' se quiere decir —comenta Schweitzer— que las criaturas deformes cuyo nacimiento puede esperarse gracias a los perjuicios que sufrirán las células de los órganos reproductores humanos no serán tantas como para que pudiera exigirse una renuncia a los experimentos" (p. 12). Según la increíble radiación retórica que sigue a cada estallido —"propaganda de tranquilización" la llama el doctor Schweitzer—, los efectos de la radioactividad no son en realidad muchos, ya que hasta "las carátulas luminosas de los relojes en uso, las cuales contienen radio, *significan un peligro mucho mayor* (?) que la totalidad de los efectos radioactivos producidos por las explosiones experimentales..." (p. 13). Después de tan ilustradora declaración nos parece inútil seguirnos refiriendo a los trucos retóricos según los cuales la bomba de hidrógeno es casi tan inofensiva como un discurso anarquista en Hyde Park, pero "sólo quienes nunca presenciaron el nacimiento de un niño deforme, quienes jamás oyeron sus quejidos ni fueron testigos del terror de la madre, pueden atreverse a afirmar que la

prosecución de las explosiones de pruebas presenta un riesgo que bajo determinadas circunstancias podría uno correr" (p. 20).

En el segundo llamado sobre "El peligro de una guerra atómica" Schweitzer plantea la posibilidad real de un conflicto de esta especie entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Analiza el proceso que ha conducido a la humanidad a semejante situación: en 1945 se produce el hecho terrible cuando la primera bomba atómica cae sobre Hiroshima, el 6 de agosto, y la segunda es lanzada sobre Nagasaki, el día 9. La superioridad militar de Estados Unidos no durará mucho, ya que en julio de 1949 la Unión Soviética anuncia que ya posee el secreto atómico y que ha logrado fabricar también la bomba nuclear. La historia sigue: en 1952, Inglaterra hace estallar una bomba atómica en una isla cercana a Australia. Los Estados Unidos fabrican la primera bomba de hidrógeno y, en 1954, demuestra un poder explosivo superior al calculado, cuando estalla en la isla volcánica de Bikini, en el Pacífico. Pero la Unión Soviética también poseía ya la bomba de hidrógeno. El perfeccionamiento de los proyectiles cohetes para lanzar bombas dirigidas a distancia es el próximo paso, en el que ninguna de las dos potencias queda a la zaga. En este vértigo los proyectiles intercontinentales, o los proyectiles para ser lanzados por submarinos son ya la nueva pesadilla.

¿Qué sucedería si estallara ahora una guerra atómica?, se pregunta el sabio. Descarta, en principio, la posibilidad de una guerra "local", con destrucción "limitada" que permitiera acordar una "paz oportuna". En verdad, es difícil creer que no van a usarse las poderosas bombas de hidrógeno contra las grandes ciudades. ¿Qué puede decirse acerca de su

efecto? Oigamos: "El diámetro de la bomba será de varios kilómetros. Se calcula la temperatura en 100 millones de grados. Esto da una idea de cuántos serán los seres humanos aniquilados en la ciudad alcanzada, por la presión de la explosión, por los escombros impelidos, por el fuego, el calor y la primera y poderosa radioactividad, aunque sólo dure un instante. La mortífera contaminación radioactiva que sigue a la explosión se extenderá a una región de cerca de 45 000 kilómetros cuadrados". En pocas palabras, con quince bombas de este tipo, cualquier nación de Occidente quedaría borrada del mapa, en pocos minutos. En una guerra atómica lo único que cabe es el suicidio y el aniquilamiento mutuo. Hacer una guerra así —advierde Schweitzer— para preservar la libertad es inútil, porque "aquellos para quienes se hace esta guerra habrán muerto durante ella o irán languideciendo miserablemente. En vez de recibir la libertad serán destruidos". El peligro en que está la humanidad es inconcebible.

Existe la posibilidad de que la guerra atómica estalle casualmente y la primera nación que emplee la bomba tendrá una enorme ventaja sobre su contrincante. De ahí la necesidad de estar en guardia constante, a la defensiva. En último término, sólo la rapidez de cálculo de un cerebro electrónico podrá determinar si en realidad se aproximan proyectiles cohetes y poner, a su vez, en marcha a los cohetes de defensa. Dependemos, pues, no ya de la reflexión humana sino del automatismo de un cerebro electrónico, que puede cometer errores fatales. Es urgente, además, evitar que se extienda la posesión de armas atómicas a otras naciones, lo que dificultaría cada vez más un control efectivo de las mismas.

El tercer llamado se refiere a las negociaciones que deben realizarse para llegar a ese control. Es importante y hasta insoslayable, una conferencia de las cabezas, de los que realmente pueden tomar las decisiones máximas, en el plano supremo. La sede de esta conferencia deberá ser en una ciudad en un país neutral de Europa, Ginebra, por ejemplo. Sólo se trataría la cuestión concreta de la renuncia a las armas atómicas. Asistirían exclusivamente las más altas personalidades de las tres potencias poseedoras de armas atómicas y un grupo reducido de consejeros.

¿En qué se fundarán los asistentes a esta conferencia "cumbre" para determinar si renuncian a los elementos atómicos? La condición previa no puede ser el desarme, respecto al cual es casi imposible que se llegue a un acuerdo. Las razones están en las pruebas atómicas mismas, y en la utilización de armas atómicas, que son un atentado a la humanidad. La negociación debe versar, pues, sólo sobre este punto, olvidando cualquier condición previa.

Hace falta, por último, dice Schweitzer, un renacimiento de la confianza entre las naciones: "no podemos permanecer en esta desconfianza paralizadora". Ahora se trata de redescubrir que todos pertenecemos al género humano y que hemos de esforzarnos en reconocer lo que en la naturaleza del hombre hay de disposición moral". Así se resume el llamado de Albert Schweitzer, una apelación capital y definitiva al humanismo y a la prudencia, un mensaje para todos los hombres y, muy especialmente, para quienes tienen en sus manos la máxima responsabilidad.

ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO